

Una vez que logra conseguir silencio,
con la imaginación las lleva,
siguiendo a esa niña soñada,
por un mundo de maravillas bellísimas;
allí hasta los pájaros y los animales hablan
con voz humana, y ellas casi creen que están en ese sitio.

Y cada vez que el narrador intenta,
ya reseca la fuente de su inspiración,
postergar la narración para el día siguiente,
diciendo a las tres niñas: «Seguimos la próxima vez»,
las tres, al mismo tiempo, responden: «¡Ya es la próxima vez!»

Así, de ese modo, fue surgiendo el «País de las Maravillas»,
poquito a poco, y una a una,
como un mosaico de extrañas aventuras.

Y ahora, que el relato llega a su fin,
esta embarcación también nos devuelve al hogar,
¡y ésta es una alegre tripulación, bajo el sol que ya se va ocultando!

Alicia, este cuento infantil es para ti.
Me gustaría que lo pongas con tu mano pequeña y amable
allí, en la guirnalda de la Memoria, el sitio donde descansan
todos los cuentos infantiles,
entrelazados, como las flores que ya están marchitas.

Puedes tomarlo como la ofrenda de un peregrino
que fue juntando estas flores en países lejanos.

En la madriguera del Conejo



Alicia ya empezaba a aburrirse de estar ahí sentada con su hermana a la orilla del río, sin tener nada que hacer: le había dado un par de ojeadas al libro que ésta estaba leyendo, pero ese libro no tenía dibujos ni diálogos. «¿Y para qué sirve un libro sin dibujos ni diálogos?», se preguntaba Alicia.

Así, seguía pensando. Y pensar le costaba cierto esfuerzo, porque el calor la había dejado bastante soñolienta y atontada. Se preguntaba si el placer de tejer una guirnalda de margaritas la iba a compensar por el trabajo que le daría levantarse y juntar las margaritas, cuando de pronto saltó cerca de ella un Conejo Blanco con los ojos rosados.

No era nada muy extraordinario, y tampoco le pareció a Alicia demasiado extraño oír que el conejo se decía a sí mismo: «¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Voy a llegar tarde!» Cuando después pensó en eso, decidió que, desde luego, hubiera debido sorprenderla mucho; sin embargo, en aquel momento le había parecido lo más natural del mundo. Pero cuando el conejo sacó un reloj de bolsillo del chaleco, lo miró y echó a correr, Alicia se levantó de un salto, porque comprendió de golpe que ella nun-

ca había visto un conejo con chaleco, ni con un reloj adentro del chaleco. Loca de curiosidad, se puso a correr tras el conejo por la pradera y llegó justo a tiempo para ver cómo se precipitaba en una madriguera que se abría al pie del seto.

Al instante, sólo un momento después, Alicia se metía también en la madriguera, sin pararse a pensar cómo iba a arreglárselas para salir de allí.

La madriguera del conejo se extendía en línea recta. Era como un túnel al principio, pero después doblaba bruscamente hacia abajo, de un modo tan brusco que Alicia no tuvo siquiera tiempo de pensar en detenerse. De inmediato, se encontró cayendo por lo que parecía ser un pozo muy hondo.

O el pozo era en verdad bien profundo, o ella estaba cayendo muy despacio, porque Alicia, mientras descendía, tuvo tiempo de sobra para mirar a su alrededor y para preguntarse qué iba a ocurrir después. Al principio intentó mirar hacia abajo y ver a dónde iría a parar, pero todo estaba demasiado oscuro para distinguir algo. Luego miró hacia las paredes del pozo y vio que estaban cubiertas de armarios y estantes para libros: descubrió por todos lados mapas y cuadros, colgados de clavos, aquí y allá. Al pasar, levantó un tarro de los estantes. El tarro pegada tenía una etiqueta que decía: MERMELADA DE NARANJA, pero descubrió, decepcionada, que estaba vacío. Le pareció que no estaba nada bien tirarlo al fondo, porque podía matar de un golpe a alguien que anduviera por allí abajo; entonces, se las arregló para dejarlo en otro de los estantes mientras seguía descendiendo.

«¡Vaya!», pensó Alicia. «¡Después de una caída como ésta, ir rodando hacia abajo por las escaleras no me va a parecer tan extraordinario! ¡Qué valiente van a considerarme todos! ¡Yo nunca lloraría, ni siquiera si me cayera del tejado!» Y era verdad.

Abajo, abajo, abajo. ¿No dejaría nunca de caer?

—Quisiera saber cuántos kilómetros habré descendido ya —dijo en voz alta—. Tengo que estar bastante cerca del centro de la Tierra. Veamos: creo que eso queda a seis mil cuatrocientos kilómetros de profundidad...

Como ven, Alicia había aprendido algunas cosas de éstas en las clases de la escuela. Aunque no era un momento muy oportuno para presumir de sus conocimientos, ya que no había nadie allí que pudiera escucharla, le pareció que repetirlo iba a servirle al menos como repaso.

—Sí, ésta debe de ser la distancia... pero me pregunto a qué latitud o longitud habré llegado.

Ella no tenía la menor idea de lo que era la latitud, ni tampoco la longitud, pero le pareció que quedaba bien decir unas palabras tan bonitas e impresionantes. Volvió a comenzar de inmediato.

—¡Tal vez me caiga a través de toda la Tierra! ¡Qué divertido sería salir por donde vive esta gente que anda cabeza abajo! Los antipáticos, creo... —Ahora Alicia se alegró de que no hubiera nadie escuchando, porque esa palabra no le sonaba del todo bien. —Pero en ese caso voy a tener que preguntarles el nombre del país. Por favor, señora, ¿estamos en Nueva Zelanda o en Australia?

Y mientras decía estas palabras, ensayó una reverencia. ¡Reverencias mientras caía por el aire! ¿Piensan que esto es posible?

—¡Y qué criatura tan ignorante voy a parecerle! No, mejor será no preguntar nada. Seguramente ya lo voy a encontrar escrito en alguna parte.

Abajo, abajo, abajo. No había otra cosa que hacer y Alicia empezó enseguida a hablar otra vez.

—¡Me da miedo que mi gata Dina me extrañe esta noche! Espero que se acuerden de su platito de leche a la hora del té. ¡Dina, bonita, me gustaría tenerte conmigo aquí abajo! No hay ratones

en el aire, claro, pero podrías cazar algún murciélago, y se parecen mucho a los ratones. Pero me pregunto: ¿Comerán murciélagos los gatos?

Cuando llegó a este punto, Alicia empezó a sentirse medio dormida y siguió repitiéndose como en sueños: «¿Comen murciélagos los gatos? ¿Comen murciélagos los gatos?» Y a veces: «¿Comen gatos los murciélagos?» Como no sabía contestar a ninguna de las dos preguntas, no importaba mucho cuál de las dos se formulara. En ese momento ya se estaba durmiendo de veras y empezaba a soñar que paseaba con Dina de la mano y que le preguntaba con mucha ansiedad: «Ahora, Dina, dime la verdad, ¿te comiste alguna vez un murciélago?», cuando de pronto, ¡cáplum!, cayó sobre un montón de ramas y hojas secas. La caída había terminado.

Alicia no se lastimó y se levantó de un salto. Miró hacia arriba, pero todo estaba oscuro. Se abrió otro largo pasillo ante ella, y alcanzó a ver en él al Conejo Blanco, que se alejaba a toda prisa. No había tiempo que perder, y sin dudar, Alicia echó a correr como el viento. Llegó justo a tiempo para oírle decir, mientras giraba en un recodo:

—¡Por mis orejas y bigotes, qué tarde se me está haciendo!

Estuvo a punto de pisarle los talones, pero, cuando giró en el recodo ya no vio al Conejo por ninguna parte. Estaba en un vestíbulo amplio y bajo, iluminado por una hilera de lámparas que colgaban del techo.

Por todo el pasillo había puertas, pero todas estaban cerradas con llave, y cuando Alicia terminó de dar la vuelta, bajando por un lado y subiendo por el otro, probando puerta por puerta, se encontró con tristeza al centro de la habitación y se preguntó cómo iba a ingeniárselas para salir de ese lugar.

Se encontró de repente ante una mesita de tres patas, toda de cristal macizo. Sobre ella no había nada, salvo una disminu-

ta llave de oro. Lo primero que pensó fue que esa llave minúscula correspondía a una de las puertas del vestíbulo. Sin embargo, ¡ay!, o las cerraduras eran demasiado grandes, o la llave era demasiado pequeña, pero lo cierto es que no logró abrir ninguna puerta. Cuando dio la vuelta por segunda vez, descubrió una cortinita que no había visto antes. Había atrás una puerta de unos cuarenta centímetros de altura. Procuró poner la llave de oro en la cerradura, y vio con alegría que entraba bien. Alicia abrió la puerta y notó que daba a un pasadizo muy angosto, no más ancho que una ratonera. Se arrodilló y al otro lado del pasadizo vio el jardín más maravilloso que ustedes puedan imaginar. ¡Qué ganas tenía de salir de aquella oscura sala y pasear entre aquellos canteros de flores multicolores y aquellas frescas fuentes! Pero ni siquiera podía hacer que la cabeza entrara por la abertura. «Aunque pudiera pasar la cabeza», pensó la pobre Alicia, «de poco va a servirme si después no le siguen los hombros. ¡Cómo me gustaría ser capaz de encogerme como un telescopio! Supongo que podría hacerlo, sólo si supiera por dónde empezar». Y es que, como ven, a Alicia le habían sucedido tantas cosas extraordinarias aquel día que había empezado a pensar que, en realidad, ya casi nada era imposible. Quedarse aguantando junto a la puertita no iba a servirle de nada, de modo que volvió a la mesa, casi con la esperanza de encontrar sobre ella otra llave, o, tal vez, en todo caso, un libro de instrucciones para encoger a la gente como si fueran telescopios. Halló esta vez en la mesa una botellita «que desde luego no estaba aquí antes», dijo Alicia. Alrededor del cuello de la botella encontró una etiqueta de papel con la palabra «BÉBEME» hermosamente impresa en letras grandes.

Aunque está muy bien eso de decir «BÉBEME», la pequeña Alicia era muy prudente. No estaba dispuesta a beber aquello de buenas a primeras. «No, primero voy a mirar», se dijo, «para

ver si lleva o no un cartel de veneno.» Porque Alicia había leído preciosos cuentos de niños que se habían quemado, o habían sido devorados por bestias feroces, u otras cosas desagradables, sólo por no haber querido recordar las sencillas normas que las personas que deseaban su bien les habían inculcado. Por ejemplo, que un hierro al rojo puede quemarte si no lo sueltas en seguida, o que si te cortas muy profundo un dedo con un cuchillo, suele salir sangre. Por eso, Alicia no olvidaba nunca que, si uno bebe mucho de una botella que lleva una etiqueta que dice «veneno», terminará, a la corta o a la larga, por sufrir algún daño.

Sin embargo, aquella botella no llevaba la indicación «veneno», de manera que Alicia se atrevió a probar el contenido. Lo encontró muy sabroso: era, de hecho, una mezcla de sabores a tarta de cerezas, almíbar, ananá, pavo asado, caramelo y tostadas calientes con mantequilla. Se lo terminó en un santiamén.

—¡Qué sensación más extraña! —dijo Alicia—. Debo de estar encogiéndome como un telescopio.

Así era, en efecto: ahora medía sólo veinticinco centímetros. Su cara se iluminó de alegría al pensar que tenía el tamaño adecuado para pasar por la puerita y meterse en el maravilloso jardín. Al principio, no obstante, esperó unos minutos para ver si seguía todavía disminuyendo de tamaño. Esa posibilidad la puso un poco nerviosa. «No sea cosa que me vaya a consumir del todo, como una vela», se dijo para sus adentros. «¿Pero qué sería de mí entonces?» Intentó imaginar qué ocurría con la llama de una vela cuando la vela ya estaba apagada, pues no podía recordar haber visto nunca una cosa así.

Al rato, cuando comprobó que no pasaba nada más, decidió salir en seguida al jardín. Pero ¡pobre Alicia!, no bien llegó a la puerta, descubrió que había olvidado la llavecita de oro, y, cuando volvió a la mesa para tomar la llave, descubrió que no

le era posible alcanzarla. Podía verla con claridad a través del cristal. Alicia intentó con ahínco trepar por una de las patas de la mesa, pero le resultó demasiado resbaladiza. Una vez que se cansó de intentarlo, la pobre niña se sentó en el suelo y se puso a sollozar.

«¡Vamos! ¡No sirve llorar de esta manera!», se dijo Alicia, con bastante firmeza. «¡Te aconsejo que dejes de llorar ahora mismo!» Alicia solía darse muy buenos consejos a sí misma, aunque rara vez los seguía. Algunas veces se retaba con tanta dureza que se le saltaban las lágrimas. Se acordaba incluso de haber intentado una vez tirarse de las orejas por haberse hecho trampas en un partido de croquet que jugaba consigo misma, pues a esta curiosa criatura le gustaba mucho comportarse como si fuera dos personas a la vez. «¡Pero de nada me serviría ahora comportarme como si fuera dos personas!», pensó la pobre Alicia. «¡Ya se me hace bastante difícil ser una sola persona como Dios manda!»

Un rato después, su mirada se posó en una cajita de cristal que había debajo de la mesa. La abrió y encontró dentro un diminuto pastelito en que se leía la palabra «CÓMEME», deliciosamente escrita con grosella. «Bueno, me lo comeré», se dijo Alicia, «y si me hace crecer, podré tomar la llave, y si me hace todavía más pequeña, podré deslizarme por debajo de la puerta. De uno u otro modo entraré en el jardín. Eso es lo que más importa.»

Miró el pastelito, le dio un pequeño mordisco y se preguntó, nerviosísima, a sí misma: «¿Hacia dónde? ¿Hacia dónde?» Al mismo tiempo, se llevó una mano a la cabeza para notar en qué dirección se iniciaba el cambio, y quedó muy sorprendida al advertir que seguía con el mismo tamaño. En realidad, esto es lo que suele suceder cuando se da un mordisco a un pastelito, pero Alicia estaba ya tan acostumbrada a que todo lo que le sucedía fuera

extraordinario que le pareció muy aburrido y muy tonto que la vida transcurriese por caminos normales.

Entonces, pasó a la acción y se comió el pastelito en un santiamén.



El charco de lágrimas



uniorífico y curiorífico! —gritó Alicia, tan sorprendida que por un momento se olvidó hasta de hablar correctamente—. ¡Me estoy estirando como el telescopio más largo que haya existido jamás! ¡Adiós, pies! —gritó, porque cuando miró hacia abajo vio que sus pies quedaban ya tan lejos que parecía que fuera a perderlos de vista—. ¡Oh, mis pobrecitos pies! ¡Me pregunto quién les pondrá ahora sus zapatos y sus medias! ¡Seguro que yo ya no podré hacerlo! Voy a estar demasiado lejos para ocuparme personalmente de ustedes: van a tener que arreglárselas como puedan... «Igual voy a tener que ser amable con ellos», pensó Alicia, «¡o a lo mejor no querrán llevarme en la dirección en que yo quiera ir! Veámos: les regalaré un par de zapatos nuevos todas las Navidades».

Y siguió planeando cómo iba a realizarlo.

—Tendré que enviarlos por correo. ¡Y qué gracioso será esto de mandarse regalos a los propios pies! ¡Y qué chocante va a resultar escribir la dirección!

Sr. Pie Derecho de Alicia

Alfombra de la chimenea,

junto al Guardafuegos

(con un abrazo de Alicia).